

satisfacción de saber que el asunto era mucho más importante de lo que me había figurado; que no se hablaba de otra cosa en Tánger, y en Gibraltar, en Cádiz, en Málaga y en Algeciras; que la caravana se hallaba á muy corta distancia, y que formaban parte de la expedición, pintores italianos, y como no podía menos de acontecer, *un representante de la prensa*. Oyendo lo cual abandoné silenciosamente la mesa, y me alejé con paso mesurado.



Árabe dormitando

Un poco más tarde, entrada ya la noche, quise dar otra vuelta para contemplar la ciudad dormida. No se veía un mal farol en parte alguna, ni una ventana iluminada, ni una miserable rendija al través de la cual pasara un débil rayo de luz: la ciudad parecía desierta, y no recibía más claridad que la que le

enviaba el cielo estrellado, sobre el cual, semejantes á inmensas tumbas de mármol, blanqueaban las casas más altas, y se distinguían perfectamente las cúpulas de los minaretes y las desmayadas ramas de las palmeras. Dirigíme á la calle Mayor: las puertas de la ciudad estaban cerradas. Dí una vuelta hacia otro lado: todo cerrado, inmóvil, sumido en el silencio más profundo. Dos ó tres veces tropecé con algo que se me figuró un montón de harapos, y que no era más que un árabe que estaba dormitando. En repetidas ocasiones me estremecí sintiendo crujir bajo mis plantas plumas y huesos, ó ceder muellemente bajo mis pies materias blandas, que

debían ser cadáveres insepultos de perros ó gatos. Deslizóse á mi lado, rozando el muro como un espectro, un árabe encapuchado: á otro ví pasando como blanca sombra sobre el fondo oscuro de una callejuela: y al doblar una esquina, sin distinguir cosa alguna, llegó á mis oídos un apagado rumor de pantuflos y de capas, que me hizo sospechar si habría turbado algún conciliábulo.

Caminando, sólo llegaba á mis oídos el ruido de mis pasos: si me detenía, únicamente podía escuchar el rumor producido por mi respiración. Parecíame que toda la vida de Tánger se hallaba concentrada en mi persona, y que si hubiese lanzado un grito, habría retumbado como el estampido del trueno, de uno á otro extremo de la ciudad. Involuntariamente pensaba en las bellezas árabes dormidas, junto á cuyas moradas iba discurriendo, y en los sorprendentes espectáculos que habría presenciado, si sus muros, como decoración de comedia, se hubiesen abierto instantáneamente. De cuando en cuando me detenía ante la espléndida blancura de ciertas porciones de pared que, heridas por los rayos de la luna, semejaban iluminadas por la luz eléctrica. En un callejón oscuro encontréme con un negro que se iluminaba con una linterna, el cual se detuvo para dejarme pasar, murmurando algunas palabras que no pude comprender. En el instante preciso en que desembocaba en la plaza, llegó á mis oídos una sonora carcajada que me hizo estremecer: habíanla dado dos jóvenes con sombrero de copa, probablemente dos empleados de Legación que paseaban hablando. En un ángulo de la plaza, debajo del toldo de una tienda cerrada, una lucecilla moribunda alumbraba confusamente un informe montón de harapos blancos, del cual salía un tenue rumor de guitarra, y una voz dulce, apagada, melancólica, que semejaba la

melodía de un cantar, llevado en alas del viento desde muy lejos. Escuchándola permanecí inmóvil durante mucho tiempo, soñando más bien que pensando, hasta que los dos jóvenes desaparecieron y la lucecilla se extinguió, y entonces regresé á la fonda cansado, aturdido, llena la imaginación de mil sueños y fantasías, y con una percepción nueva y extraña-



Músico árabe

mente confusa de mí mismo, semejante, según presumo, y muchas veces se me ha ocurrido, á la del hombre que desde la tierra se viese de improviso arrebatado á otro planeta.

El día siguiente fui á presentarme á nuestro encargado de negocios, el comendador Esteban Scovasso. No podía acusarme en manera alguna de falta de puntualidad. El día 8 de Abril había llegado á mis manos, en Turín, la comu-

nicación en que se me participaba que la caravana saldría de Tánger el día 19: en la mañana del 18, encontrábame á la puerta de la Legación. Personalmente me era desconocido el comendador Scovasso; pero sabía de él lo suficiente para que sintiera grandes deseos de conocerlo. De dos de sus amigos á quienes me dirigí antes de mi partida, con el objeto de adquirir respecto de él alguna noticia, aseguróme el uno que era hombre capaz de trasladarse desde Tánger á Tumbuctu sin más compañía que un par de pistolas: el otro había calificado duramente su pésima costumbre de exponer su vida para salvar la de los demás. Gracias á semejantes indicaciones, reconócle en cuanto le ví de lejos, antes aún de que el intérprete de la fonda, que me acompañaba, hubiese tenido lugar de señalármelo. Hallábase á la puerta de la Legación en medio de algunos árabes inmóviles, que con ademán respetuoso parecían aguardar órdenes. Presentéme, recibíome como quien era, exigió que desde aquel momento formara parte del cuartel general, y me comunicó noticias importantes sobre la expedición. La partida se había fijado para el 1.º de Mayo, en razón á hallarse en aquellos días la embajada inglesa en Fez, de donde se aguardaban los caballos, camellos y mulos que debían conducirnos, y una escolta de caballería que tenía el encargo de acompañarnos. Un transporte de nuestra marina de guerra, el *Dora*, anclado en aquella sazón en la rada de Gibraltar, había ya conducido á Larache, sobre la costa del Atlántico, los regalos que Víctor Manuel hacía al emperador de Marruecos. El objeto principal del viaje consistía, por parte del encargado de negocios, en la presentación de las credenciales al joven sultán Muley-el-Hassen, elevado al trono en Septiembre de 1873. Nunca había llegado á Fez embajada alguna italiana; era aquella la vez

primera que el pabellón de la nueva Italia penetraba en el interior de Marruecos, y por consiguiente desplegábase toda la pompa y aparato para recibirla cual era debido. Nuestro ministro de la Guerra había enviado, para que de ella formara parte, un capitán de Estado Mayor, el caballero Julio de Bocard; el de Marina, un capitán de fragata, el señor Fortunato Cassone, comandante entonces del *Dora*, hoy capitán de navío, que con el vicecónsul italiano de Tánger y nuestro agente consular en Mazagán, constituían el personal oficial de la embajada. Los pintores Ussi, de Florencia; Biseo, de Roma, y yo, íbamos agregados á ella en virtud de invitación particular del señor Scovasso. Excepción hecha del agente de Mazagán, hallábamonos en Tánger todos los expedicionarios en el día á que me refiero.

Mi primera ocupación en cuanto quedé solo, consistió en observar las condiciones de la casa en que me hallaba, pudiendo desde luego consignar, que la morada de un ministro europeo en África, y sobre todo de un ministro en el ejercicio de sus funciones, que hace los preparativos indispensables para un viaje al interior, es un objeto verdaderamente digno de observación. Por lo que se refiere al edificio, nada tiene que le dé carácter extraordinario: blanco y desprovisto por de fuera de todo adorno, precédele un jardincillo; ostenta en el centro un patinejo, y en éste cuatro columnas sobre las cuales descansa una galería cubierta, que á la altura del primer piso da la vuelta en derredor. Es un edificio parecido á las casas de familia acomodada de Cádiz ó de Sevilla: en cambio las gentes y, en especial, su manera de vivir, fueron para mí cosa nueva completamente. El ayuda de cámara y el cocinero eran italianos, del Piamonte: había una criada mora de Tánger y una negra del Sudán, que iban descalzas:

los criados y mozos de cuadra eran árabes y vestían largas túnicas blancas: la guardia consular usaba fez, caftán rojo y puñal, y todo el mundo estaba en continuo movimiento. Además, á ciertas horas se unía un enjambre de operarios



Soldado marroquí

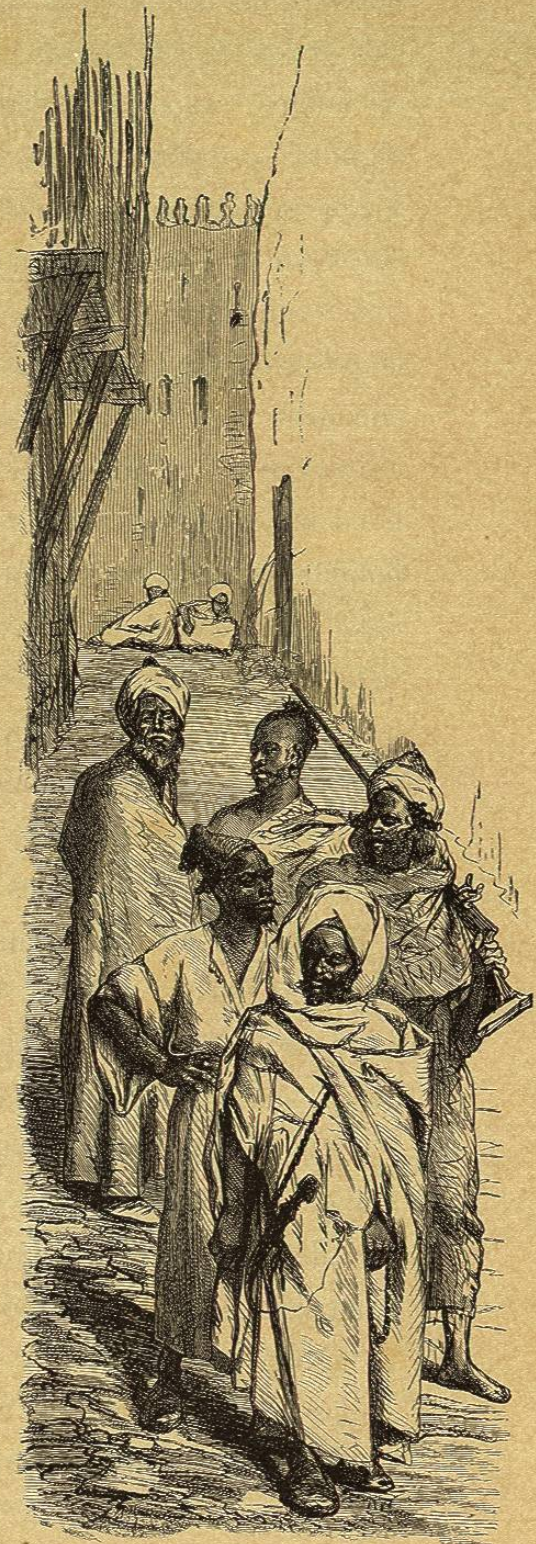
hebreos, ganapanes negros, intérpretes, soldados del bajá y moros protegidos de la Legación, que formaban entre todos una baraúnda espantosa. El patinejo rebosaba de cajas, camas de campaña, tiendas y faroles, escuchándose continuamente el seco golpear del martillo, el estridente chirrido de la sierra, y la voz de las gentes del servicio doméstico que se llamaban entre sí con los nombres de Fátima, Racma, Selam, Mohamed,

Alí, Abd-er-Rhaman. ¿Y qué diremos de la mezcla de las lenguas? Un moro daba un recado en árabe á otro moro, que lo transmitía en español á la criada, y ésta á su vez lo repetía en piamontés al cocinero. Era aquello un encadenamiento continuado de traducciones, comentarios equívocos, dudas y exclamaciones, bordado de *Por Dios*, de *Alá*, y de juramentos é interjecciones italianas. En la calle veíase una verdadera procesión de caballos y de mulas: ante la puerta un grupo de curiosos, ó de pobres diablos, árabes y hebreos, aspirantes á una protección lejana de parte de la Legación: de cuando en cuando la visita de un ministro ó de un cónsul, ante cuya presencia inclinábanse todos los fez y todos los turbantes: á cada instante la aparición de un mensajero misterioso, de un uniforme desconocido, de una cara extraña, y en resumen, un conjunto abigarrado, confuso y variado hasta lo infinito, de figuras, colores, ademanes, voces, acentos é idiomas, en donde sólo faltaba la música para que el espectador se hubiese creído transportado á un teatro en el cual hubiese tenido lugar la representación de un baile mímico de asunto oriental.

Hechas estas observaciones, ocurrióseme que, antes de ocuparme en el estudio de las costumbres, me convenía enterarme, por medio de alguno de los libros de mi huésped, de las circunstancias del país en que me hallaba.

Esta región, comprendida entre el Mediterráneo, la Argelia, el desierto de Sahara y el Océano, atravesada por la vasta cordillera del Atlas, cruzada por algunos ríos caudalosos, abundante en dilatadas llanuras, en la cual se encuentran todos los climas; rebosando en inestimables riquezas correspondientes á los tres reinos de la Naturaleza, y destinada por su posición á ser la principal vía de comercio

entre Europa y el África central, cuenta al presente con una población de unos ocho millones de habitantes, berberiscos, moros, árabes, hebreos, negros y europeos, esparcida en un territorio más extenso que la Francia. Los berberiscos, que forman el fondo de la población indígena, salvajes, turbulentos, indómitos, moran en las inaccesibles estribaciones del Atlas, casi en independencia absoluta de la autoridad imperial: los árabes, pueblo conquistador, ocupan la parte llana, haciendo la vida nómada del pastor, y conservando notables rasgos de la fiereza de su antiguo carácter: los moros, árabes cuya raza ha degenerado al cruzarse con otras, descendientes en su mayor parte de los que durante largos siglos vivieron en España, habitan en las ciudades y son los dueños de la riqueza, del comercio, de los cargos públicos: los negros, cuyo número se acerca á quinientos mil, proceden del Sudán, y se ocupan en los quehaceres domésticos como criados, en las faenas agrícolas, ó sirven como soldados: los



Tipos marroquíes

hebreos, en número casi igual al de los negros, descendientes casi todos de los desterrados de Europa en la Edad Media, oprimidos, vejados, odiados y perseguidos como en parte alguna, se dedican á las artes, á los oficios y al comercio, y con el ingenio, la ductilidad y la constancia que caracterizan á su raza, se industrializan de mil distintos modos, hallando una compensación á las vejaciones de que son víctimas, en la posesión de las riquezas arrancadas á sus opresores: los europeos, á los cuales la intolerancia musulmana va paulatinamente arrojando del interior, para dejarlos reducidos á la costa, y que no llegan á dos millares en todo el imperio, habitan principalmente en la ciudad de Tánger, viviendo con toda seguridad á la sombra del pabellón de los consulados. Esta población heterogénea, dispersa, inconciliable, más bien que amparada, hállase oprimida por un gobierno despótico, que como un pólipo inmenso chupa todos los humores vitales del Estado. Las tribus y las aldeas obedecen á los jeques; las ciudades y poblaciones á los caides; las provincias al bajá, y el bajá al Sultán, gran scherife, pontífice máximo, juez supremo, ejecutor de la ley que de él emana, y dueño de cambiar á su antojo moneda, impuestos, pesos y medidas; en suma, señor absoluto de las vidas y haciendas de sus súbditos.

Bajo el peso de semejante gobierno, y reducido al inflexible círculo de hierro de la religión musulmana; fuera del alcance de todo influjo europeo, é impregnado de un fanatismo salvaje, cuanto en los demás países se mueve y se agita, permanece en éste inmóvil ó semiarruinado. El comercio yace oprimido por el monopolio, por las disposiciones prohibitivas de importación y exportación, y por la caprichosa movilidad de las leyes. La industria, reducida á la inacción, merced á las trabas puestas al comercio,

encuétrase en el mismo estado en que se hallaba al ser lanzados los moros de España, con sus instrumentos primitivos y con sus infantiles procedimientos. La agricultura, cargada de gabelas, sin derecho á la exportación de productos, limitada á proveer las necesidades más indispensables de la vida, hállase en tal estado de decadencia que apenas si merece el nombre de arte. La ciencia, ahogada por las prescripciones del Corán, y contaminada de toda suerte de supersticiones, redúcese en las escuelas superiores á algunos elementos insignificantes, tales cuales se enseñaban hace seiscientos años. No existen imprentas, ni libros, ni cartas geográficas: hasta la misma lengua, corrupción del árabe primitivo, sólo representada por medio de una escritura imperfecta y variable, va degenerando incesantemente: el carácter nacional se corrompe en la general decadencia, y toda la antigua civilización musulmana desaparece. Marruecos, este lejano baluarte occidental del islamismo, asiento un día de un reino poderoso que dominaba desde el Ebro al Sudán, y del Níger á las Baleares, lleno de florecientes universidades, de riquísimas bibliotecas, de sabios ilustres, de ejércitos y flotas formidables, no es al presente otra cosa más que un Estado insignificante, poco menos que desconocido, desolado y miserable, que opone sus postreras y débiles fuerzas á la invasión de la civilización europea, y que se mantiene sobre sus carcomidos cimientos, merced á los celos que su posesión despierta en las diferentes naciones de Europa.

En cuanto á Tánger, la antigua *Tingis*, que dió nombre á la Mauritania tingitana, y pasó sucesivamente del poder de los romanos al de los vándalos, de los griegos, de los visigodos, de los árabes, de los portugueses y de los ingleses, es una ciudad de quince mil almas, á la cual sus demás